

Diálogo de sordos

E. Vera Ocampo

Veinte años antes

Aquel día, “estaba de noche”, lo que quería decir en jerga casera, que debía hacer una suerte de “permanencia médico-psicológica”. Era mi primer puesto en Francia, apenas siete u ocho meses después de mi llegada.

Tarde en la noche me llaman. Sin transición, apenas despierto, me encuentro en el medio de una gran habitación mal iluminada, con esta frase como única explicación: “le agarró la crisis”.

Una joven mujer sostenía una silla con sus dos manos y rompía todo a su paso, se desplazaba por la pieza vociferando, sin verme. En este ballet furioso, más bien patético, yo no podía más que seguirla en su surco sonoro, algo aturdido, buscando palabras que no venían. En el marco de la puerta una psicopedagoga y una enfermera miraban la escena de un aire burlón mientras que yo, a falta de palabras, balbuceaba: “Calmez vous mademoiselle” “Vous etes enervée”.... Palabras vacías, dichas en el vacío.

La joven estaba fuera de sí y yo me transformaba en una criatura balbuceante. La tensión crecía y la angustia se apoderaba de mí, cuando me escuché decir:

« ¡¡ Vieja, quedate piola me vas a hacer perder el laburo!! »

La irrupción de esas palabras extranjeras, de esas palabras venidas de otra parte, tanto para ella como para mí, nos detuvo a los dos. Me miró. Con la silla aún suspendida entre sus manos, me dijo, con un tono que era al mismo tiempo una constatación y una pregunta:

“¿Usted no es francés! ¿De dónde viene?”

Sin esperar la respuesta, apoyó la silla. Se sentó.

“¿En qué lengua habla Usted?”

Un poco más tarde, saliendo de la pieza, la enfermera y la psicopedagoga no dejaban de preguntarme: “¿Pero qué le dijo?!” Al día siguiente, el rumor corría por toda la institución... “El psi argentino tiene palabras mágicas que detienen en seco los ataques de locura”.

Durante mucho tiempo este episodio ha quedado para mí como una simple anécdota, un “fait divers” un poco cómico, que me gustaba contar, para evocar pero también para aliviar la singular y dolorosa experiencia del exilio. Sin embargo, mucho tiempo después, esta anécdota cambió de estatuto para devenir una “anécdota-encubridora” que solo pude pensar, como recuerdo de una escena, a partir de los avatares transferenciales experimentados en la cura que evocaré en un segundo momento.

Más de veinte años han transcurrido desde aquella época en la que vivía, sin saberlo realmente, la vivencia de esta experiencia: exilarse de su propia lengua. Porque no se trataba solamente de aprender un nuevo idioma, sino de *vivir en* otra lengua, lo que no podría reducirse a la apropiación gramatical y mecánica de una sintaxis. Porque algo más sutil y más fundamental enlaza el sabor del mundo y las palabras.

Este exilio lingüístico parece haber sido para mí una experiencia paradójica: *la de una imposible sustitución*. Dado que de lengua, justamente, no se puede cambiar, en el sentido en el que no sabríamos cesar de vivir en una para comenzar a vivir en la otra, sino que estamos más bien condenados a idas y vueltas forzosas, a pasajes incesantes de una orilla lingüística a otra.

Si hay palabras a las que a veces llamamos, palabras que hacemos venir de la otra orilla, para traernos noticias de nosotros mismos, como diría André Breton, están también las otras, ésas que hacen irrupción sin prevenir: “*Vieja quedate piola*” eran de aquellas.

Palabras que daban cuenta, sin duda, de mi preocupación en esa época: estaba a prueba y dependía de ese trabajo para comenzar mi formación analítica. Pero más allá de esta inquietud manifiesta, una perturbación provocada por palabras en español, íntimas, me invadió de pronto. Como si, paradójicamente, mi lengua materna no se afirmara ahora más acogedora que la nueva, dejándome tanto más al descubierto.

Pienso hoy en el desamparo de aquella noche en esa gran habitación, el mío haciéndose eco del de la joven mujer. Un desamparo que me había conducido a apelar a una lengua de auxilio, y aún más, materna...

De este modo esta frase en español habría sido un llamado. Estaría tentado de decir que llamaba a mi madre, a mi *vieja* en auxilio.

Si estas palabras en español revelaban un desamparo, se trataba aquí sobre todo de la constatación ligada a esa perturbadora vivencia, que se produce a veces, cuando la lengua materna devela paradójicamente lo desconocido que convoca lo extranjero en el corazón de lo íntimo. Esta experiencia en mi lengua materna viene a develar una ilusión, aquella que Ferenczi pudo alentar hablando de una lengua tierna, una lengua del reconocimiento, que pondría al infante al abrigo de Eros, al abrigo de todo eco pulsional. Un eco que nos recuerda que como la sexualidad, la lengua que sorprende al *infans*, abre un campo dialectico entre el exceso y el demasiado pronto, entre el exceso de la excitación pulsional y la seducción precoz de la lengua del otro.

Mère, arrête de t'exciter, reste tranquille

Veinte años más tarde

Desde nuestra primera entrevista, estaba prevenido: “Soy sordo, me había dicho, como mi madre. Ella es sorda también y sin embargo nos entendemos bien nosotros dos.”

Luego tuvo lugar esa pregunta, la única que formuló respecto a mí: “¿Es usted pariente de Victoria Ocampo?” En respuesta a mi silencio me había hablado de su pasión por la literatura, de Roger Caillois y de sus traducciones de Borges. Me había hablado también de su dificultad, la que lo había decidido a comenzar un análisis: “Soy un escritor, pero no puedo escribir”. En realidad escribía, pero en su cabeza. De hecho no cesaba de escribir cuentos, de hacer correcciones, pero mentalmente. Tenía una memoria extraordinaria y en cada sesión yo tenía derecho a algunas “lecturas” en el transcurso de las cuales me hacía compartir sus hallazgos.

De este modo me fue excluyendo poco a poco de sus sesiones. No solamente me hacía volverme con frecuencia mudo al olvidar de conectar su audífono, sino que también, cuando no era el caso y consentía a darme la palabra, mis intervenciones se tropezaban infaliblemente con su: “Sí, espere, subo mi audífono... ¿Puede repetir por favor?” Yo repetía. Pero a la fuerza, mis palabras perdían toda su substancia, se

aplastaban. Estaba excluido y toda intervención de mi parte devenía, a fuerza de ser repetida, algo diferido.

Al cabo de un cierto tiempo, se produjo un acontecimiento que interpreté como un cambio en la transferencia: mi paciente, había cesado “de escribir cuentos en su cabeza”.

De hecho, las había remplazado por un dialogo interior conmigo. “Cuando escribía mis cuentos” hablaba de mí en tercera persona. Desde que le hablo a usted en mi cabeza, digo “Yo”.

Si bien este cambio no me dejaba en absoluto menos excluido, el clima de las sesiones había cambiado. No me pedía más que repita mis palabras, por cierto las adivinaba casi, puesto que parecían ser por anticipado las que él esperaba. Palabras que, sesión tras sesión, alimentaban un diálogo íntimo, pero un diálogo de sordos. En suma, ahora, nosotros también nos entendíamos bien... En un comienzo él tenía cuentos en la cabeza, nos encontrábamos ahora en una novela, en el corazón de una novela familiar.

Ahora me sentía yo simultáneamente excluido e incluido, como el día en el que me dijo: “No me acuerdo si le relaté este sueño durante la última sesión o esta mañana en casa”.

Durante una sesión, un recuerdo de juventud le vino a la mente: un día, luego de estar con una prostituta, cuando comenzaba a descender las escaleras, se dio cuenta de que había olvidados los cigarrillos. Volvió sobre sus pasos y al momento de tocar el timbre, le pareció escuchar “besos detrás de la puerta”. Me dijo: “Escuché una intimidad, y me quedé ahí, paralizado”. Escuchándolo yo, experimentaba una suerte de molestia, un sentimiento de desconfianza que conozco bien, frente a recuerdos que evocan de manera tan manifiesta la escena primitiva.

“Escuché una intimidad”, “detrás de la puerta”, estas últimas palabras se me imponían, pero cuando intentaba acercarme a ellas parecían perder su fuerza evocadora, se transformaban en imagen: me encontraba frente a una puerta blanca con la silueta sombría de mi paciente, que veía de espaldas, frente a esa puerta. Y mi pensamiento se detenía en un silencio inmóvil.

Me hallaba aún ahí, detenido en la imagen, cuando el teléfono sonó. Un analizante, que hablaba en castellano, me pedía un cambio de horario. Respondí brevemente, en castellano; luego con un: - “Excusez-moi, je vous écoute”, retomé la sesión interrumpida.

Pero mi paciente se hallaba impasible.

Luego de un tiempo de silencio avancé con un “Sí, diga lo que piensa”. Ninguna reacción de su parte. Y sin embargo escuchaba cada una de mis palabras, estirando la cabeza hacia atrás y con el mentón apuntando al techo, sus ojos dirigidos hacía mí parecían decir el pavor y la fascinación. Volviéndose así “el actor-espectador” de una intimidad que mis intervenciones no hacían más que fijar aún más. Fui invadido de pronto por el sentimiento – casi una sensación – de vivir un tiempo suspendido.

A pesar de que dirigiéndome a mi paciente había retomado “la lengua del análisis” de este caso, como diría Daniel Lagache, esas palabras de otra lengua nos habían precipitado a ambos en otra escena.

Otra vez, tanto tiempo después, palabras de otra lengua habían fracturado y perturbado bruscamente la situación. Pero esta vez las palabras pronunciadas en español eran palabras anodinas, aquellas que apelamos para comunicar, como se dice... Palabras sin sorpresa.

Como con frecuencia en un análisis, estaba tomado por un viraje inesperado, venido a romper el hilo asociativo de la sesión. Hoy me vienen a la mente las reflexiones de Freud en el análisis de Dora a propósito de la transferencia y de su interpretación : no podemos interpretar la transferencia como interpretamos un sueño, puesto que el acontecimiento de la transferencia no es un texto relatado al despertar, sino la ratificación de un acontecer que compromete al analista en el aquí y ahora de la sesión. Dicho de otro modo, interpretamos *en la transferencia*.

Ahora bien, es justamente en la urgencia de la situación transferencial cuando una interpretación me vino finalmente a la mente, casi como una “liberación”. Todo esto sucedió muy rápido, o demasiado lentamente... pero pocas veces una interpretación me había venido de manera tan oportuna, tan en el momento justo. Pero no tuve ni el tiempo de decirla, ni de preguntarme “para quién” era tan oportuna... Porque como en sideración, realicé que la interpretación solamente me había venido en español:

¿“Se le paró la oreja?”

Pero dejando de lado por un momento los avatares del multilingüismo en la cura, ¿no es propio a cada análisis el hacernos descubrir y confrontarnos al carácter extranjero de nuestra propia lengua? La lengua del análisis no se parece a ninguna otra y se convierte, poco a poco, en una lengua propia a cada cura, casi en un dialecto. Una creación del lazo singular entre los protagonistas del análisis y la palabra.

Mi pensamiento se vio turbado. Emocionado, me encontraba esta vez en el mismo estado de perturbación que durante aquella noche de otros tiempos en la que palabras en español, al no haber sido convocadas, se habían hecho extranjeras.

En francés diríamos: “Il a dressé l'oreille”. Pero nada en esta traducción permite transmitir lo que en la frase original evocaba justamente lo originario, actualizado en la transferencia. “Se le paró la oreja”, es una metáfora en la que la oreja se sustituye al pene en erección. Hubiera podido, forzando las resonancias semánticas, decir algo como: “« Vous avez bandé de l'oreille”. Pero justamente es aquí cuando tropezamos con la imposibilidad de traducir, dado que la resonancia, el tono, y aún el *hogar*, el – *Heim* – de las palabras no pueden pasar siempre de una lengua a la otra. Cuando decimos en francés: “je bande”, la actividad está desde el primer momento del lado del sujeto porque él es activamente el sujeto de la acción. Pero en español, “se me para”, es una forma reflexiva, en la cual la actividad se encuentra del lado de la erección, es decir, del lado de la pulsión. El sujeto no es más más que el objeto de esta fuerza pulsional que se ejerce a través de él. Le pasa entre sus piernas... podríamos decir. Lo que esta metáfora en español me había sin duda permitido albergar y nombrar, en la actualidad transferencial, era justamente la imposibilidad de ser sujeto de la acción frente a la actualización pulsional de lo originario.

Sumiéndome en lo originario de mi lengua materna, me encontraba, como mi paciente, en una posición de actor-espectador. Esta expresión intraducible, que hubiera sido en español una interpretación, devenía en el aquí y ahora de la sesión, la vivencia compartida de un fantasma. El advenimiento del pasado en el presente convocando lo extranjero de uno y lo extranjero del otro, en la espera del despertar.

Estas palabras, ¿a quién se dirigían? Más tarde reconocí en esta perturbación la misma que había experimentado aquella vez, en mi anécdota-encubridora, en espera de interpretación.

En este viraje inesperado que nos había fijado en un tiempo suspendido, terminé por abandonar toda tentativa “activa” de hacer volver el tiempo al presente de la sesión. Creo que de cierta manera terminé por abandonarme al blanco inmóvil de mi pensamiento.

Me encontré solo, en el sentido propio del verbo. A falta de poder hacer volver el tiempo, logré habitar ese silencio. Me quedé solo, en silencio. Ni excluido, ni incluido. Pero este silencio no era más inmóvil ni mudo. “Après coup” me dije que era la primera vez en esta cura que podía experimentar esta soledad habitada, y que este silencio era quizás mi primera interpretación. ¿Cuánto tiempo duró? Imposible de decir, porque este tiempo es también intraducible... Permanecía allí, animado en mi silencio, devenido escucha, cuando oí decir a mi paciente:

“*Vous me parliez?*” (¿Me hablaba?)

Descriptores-Lengua materna -Exilio lingüístico- Lengua del análisis -Cura multilingüe

Resumen

Dos momentos clínicos. Veinte años separan uno del otro, pero el primero, solo pudo ser pensado en el análisis de un momento transferencial, veinte años después.

La escritura de esta experiencia clínica me abrió, más tarde, la puerta a la cuestión del "multilingüismo en la cura psicoanalítica". Intenté pensarlo no como un caso de figura aparte, sino como propio de cada cura.

Cada cura analítica es a su manera multilingüe.

La lengua del análisis no se parece a ninguna otra y se convierte, poco a poco, en una lengua propia de cada cura, casi en un dialecto. Una creación del lazo singular entre los protagonistas del análisis y la palabra.